

*Amelia Drake*

La  
**ACADEMIA**  
SEGUNDO LIBRO

Traducción del italiano de  
Sara Cano

 Siruela

Las Tres Edades

# Índice

1. Nadie está solo	9
2. La melodía de la soledad	16
3. Al otro lado de la pared	25
4. Cara de hierro	35
5. La mirada del lobo	44
6. La mejor de todos	52
7. Balón prisionero	65
8. Guerra en la guarida	73
9. El chico sobre la rama	89
10. En chirona	100
11. El reino de los Harapientos	115
12. Un tren sumergido	131
13. La primera inspección	145
14. La elección del jefe	159
15. Los sin cara	168
16. La segunda inspección	181
17. La guarida de los Alquimistas	190
18. Nada es lo que parece	204
19. Bu	214
20. El último adiós	226
21. La flauta de plata	242

# 1

## Nadie está solo

**L**levaba encerrada allí abajo once días. Desde entonces no hablaba con nadie ni veía nada más que la mano que de vez en cuando asomaba por la trampilla del techo y hacía descender a la estancia, muy despacio, una caja de metal atada a una cuerda.

Si la mano aparecía por la trampilla una vez al día, entonces habían pasado once días. De lo contrario, no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba allí abajo.

Sola.

Su celda, la que los alumnos de la Academia llamaban la Cuarentena, era una estancia circular con el techo abovedado, paredes de ladrillo rojo y el suelo cubierto por una capa de suciedad.

La estancia no tenía ventanas ni puertas, más allá de la trampilla del techo, y la única luz procedía de los cabos de vela que Twelve había dispersado a su alrededor y que intentaba mantener siempre encendidos.

Era lo único que le habían ordenado que hiciera: mantener las velas encendidas, de lo contrario...

De lo contrario, no sabía qué podía pasar. Pero tampoco quería descubrirlo. Ya tenía bastante miedo tal como estaban las cosas, así que seguía las instrucciones y, cada vez

que le bajaban una nueva caja de metal, la abría, sacaba las velas nuevas y las distribuía por la celda, disponiéndolas dependiendo del largo de los cabos restantes. Solo conseguía dormir a ratos, apenas unas horas, y se despertaba sobresaltada, con miedo de que las velas se consumieran y se apagaran mientras ella no las estaba vigilando.

Pero mantener las velas encendidas no era lo único que debía hacer.

El día comenzaba cuando la trampilla se abría y por ella aparecían la mano, la cuerda y la caja de metal. Twelve había desarrollado una especie de sexto sentido para detectar cuándo la trampilla estaba a punto de abrirse, y solía colocarse justo debajo un segundo antes. O, más bien, lo que a ella le parecía un segundo, pero que bien podía ser un minuto, una hora, un día.

¡Cla-clang!, hacía la puerta de la trampilla, y Twelve se ponía inmediatamente a gritar:

—¡Sacadme, sacadme de aquí!

A veces llamaba al carcelero por su nombre.

—Mister Peele, ¡por favor!

Pero Mister Peele no respondía, ni siquiera la saludaba. Hacía descender la caja, esperaba el menor tiempo posible, luego la recogía y cerraba la trampilla.

Dentro de la caja siempre había:

- ✦ un paquete de velas (no siempre nuevas);
- ✦ una caja de cerillas;
- ✦ algo de comida (galletas duras como piedras, un sobre de sopa en polvo, una manzana);
- ✦ una bolsa impermeable con dos galones de agua;
- ✦ un libro (que cada día era distinto);
- ✦ un lápiz (uno nuevo todos los días);
- ✦ un trozo de jabón.

En cuanto la caja tocaba el suelo, Twelve tenía que vaciarla a toda prisa, antes de que Mister Peele volviera a tirar de la cuerda para subirla, llevándose con ella algo valioso.

En ese momento, se ponía manos a la obra: con los dientes de un tenedor raspaba del suelo la cera fundida de las velas que ya se habían consumido para conservarla aparte y, a continuación, colocaba en su lugar las velas nuevas, procurando quedarse siempre con alguna de repuesto. Luego abría la bolsa de agua, con cuidado de no derramar ni una sola gota, vertía un poco en un cubo de pintura con el fondo agujereado que podía colgar de un gancho de hierro clavado en la pared y se daba una ducha rápida.

Con el agua que quedaba en el suelo intentaba limpiarlo un poco, frotaba el jabón por el sitio en el que dormía, lavaba la mampara que delimitaba la zona que usaba como baño y, sobre todo, la gaveta que hacía las veces tanto de plato como de olla.

Entonces, ponía a calentar la sopa sobre cuatro velas que había colocado juntas para hacer una especie de fuego. Cuando estaba a punto de hervir, ablandaba las galletas en el líquido, porque de lo contrario estaban demasiado duras para poder comérselas.

Mientras la sopa se preparaba, Twelve habría podido descansar, pero las instrucciones que había recibido eran otras.

Le habían indicado que tenía que hacer ejercicio, muchas flexiones de brazos y piernas, abdominales, correr sin moverse del sitio y alrededor del perímetro de la Cuarentena, al menos quinientas vueltas al día.

Le habían indicado que debía leer y tratar de memorizar los puntos más significativos de cada libro, tomar apuntes y hacer esquemas.

Le habían indicado que debía escribir en el cuaderno todas las reflexiones y los pensamientos del día.

Y eso era exactamente lo que Twelve hacía.

Leía.

Escribía sus pensamientos en el cuaderno de las tapas azules y los alamares dorados. Luego se quitaba la ropa, la doblaba con cuidado y tiritaba vestida únicamente con

su ropa interior de tela basta. Entonces, se dedicaba al ejercicio físico, se agotaba a base de flexiones y saltos recordando los ejercicios que Miss Kindheart le había enseñado cuando todavía no era una alumna de la Academia, sino una simple huérfana, una niña especial de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser.

Mientras hacía sus ejercicios, Twelve pensaba: se acordaba de su amigo Seventy Stephen, que en aquel momento estaba lejísimo de ella, en la Academia de los Húsares, y de Hugo Eight, que había muerto en el fondo del Duma, el gran río gris, el día que los habían secuestrado.

Y luego, evidentemente, pensaba en Miss Kindheart, que la había criado como si fuera su hija para venderla a aquellos bellacos de la Academia de los Ladrones que ahora la tenían prisionera.

Cuando los recuerdos se volvían demasiado dolorosos, se ponía a correr alrededor del perímetro de la Cuarentena y daba vueltas y más vueltas hasta que conseguía vaciar su cabeza de todo sentimiento de dolor y venganza.

Entonces Twelve caía al suelo, exhausta.

Llegado este punto, si aún quedaba agua, se daba otra ducha, frotándose hasta hacerse daño con el último trozo de jabón y comía la sopa, que para entonces ya estaba hecha.

Si sentía que la invadía el desánimo, cogía la hoja con las instrucciones, que había escondido debajo del montón de cera raspada, y la leía, aunque se la sabía de memoria, palabra por palabra.

Aquellas palabras habían llegado el segundo día de la Cuarentena, escondidas entre las páginas del libro.

«Hola», decía el folio. Estaba escrito a lápiz, con una caligrafía inclinada grabada con fuerza, tanta que el papel estaba perforado en algunas zonas.

«No debes tener miedo. Todo el mundo pasa miedo en la Cuarentena: se cagan encima, literalmente. Pero tú no

y, por eso, cuando salgas de ahí, serás más fuerte aún que antes».

Tal vez, pensaba Twelve en aquel momento.

«No quieren ponerte a prueba. Ni tampoco castigarte. Quieren destrozarte. Porque escapaste de la Academia y luego decidiste volver: has violado todas las reglas de este lugar. Y ahora no saben qué hacer contigo. Eres peligrosa para ellos. También para nosotros. Quieren mantenerte alejada de nosotros. Te temen. Y tú tienes que demostrarles que hacen bien teniéndote miedo. Es más, que todavía no han visto nada».

Cuando llegaba a aquella frase, Twelve siempre sonreía con una mueca de zorro salvaje.

«Todo saldrá bien. Afuera todos están bien y te esperan. Sobre todo ella».

Ella, pensaba Twelve, debía de ser Ninon Uno, la niña que había llegado con ella a la Academia y a la que Twelve había jurado proteger aunque fuera a costa de su propia vida.

«Los profesores la han aceptado. Mister Peele viene personalmente todas las noches a traerle la cena. Siempre pregunta por ti: se muere de ganas de volver a verte».

Aquella parte le provocaba otra sonrisa, acompañada de un breve escalofrío. ¿Qué disolverían en la comida que los cocineros de la Academia daban a la pequeña Ninon? Twelve sabía que algo debía haber: una sustancia que Ninon necesitaba para seguir viviendo. Le daba un vuelco el corazón solo de pensarlo.

—Cobardes —murmuraba entre dientes.

Desde aquel punto hasta el final, la hoja escrita a lápiz solo contenía instrucciones: las instrucciones para sobrevivir a la Cuarentena.

Allí estaba escrito cómo cuidar de las velas, cómo cocinar la sopa para que estuviera caliente y resultara nutritiva, cómo hacer los ejercicios y cómo mantener la mente ocupada.

«Porque eso es lo más importante: no quedarte nunca quieta con tus pensamientos, obligarte a mantenerte

siempre en movimiento. Y empieza a pensar qué harás cuando salgas de allí. Eso es lo importante. Una vez que salgas de la Cuarentena, necesitarás un plan. Y allí tendrás tiempo de ponerlo a punto».

Así terminaba la carta, sin un mísero saludo o una firma.

Pero Twelve no necesitaba una firma para saber quién le había escrito aquel mensaje.

No cabía duda.

Había sido Lobo.

Lobo era el jefe de la hermandad de los Deshollinadores. Era un alumno del último curso, con las mejillas sombreadas por una barba incipiente y aquellos ojos amarillos de animal del bosque. Era esbelto y fuerte, y sus músculos se dibujaban bajo su piel como venas metálicas.

También Lobo, hacía tiempo, antes de que ella llegara, había conseguido huir de la Academia, y había regresado. Y seguro debió de terminar en Cuarentena, donde había aprendido todas aquellas cosas. Cómo sobrevivir.

Ahora había decidido ayudarla precisamente a eso y, quién sabe cómo, había conseguido hacerle llegar aquella hojita de instrucciones.

Lobo y Twelve no eran amigos, si es que aquella palabra seguía teniendo sentido. Pero formaban parte de la misma hermandad, y los Deshollinadores se regían por una especie de código moral: la ley de la manada, que los llevaba a ayudarse y protegerse entre ellos.

Pero la única que podía proteger a Ninon era Twelve. Cuando el profesor Luther las capturó por segunda vez, tras su fuga, inyectó un veneno en el cuello a la niña, y ahora Ninon necesitaba tomar un antídoto todos los días si quería sobrevivir.

Y si quería que a Ninon se le suministrara el antídoto, Twelve estaba obligada a permanecer en la Academia. Al menos hasta que descubriera la fórmula del remedio.



Cinco años era el tiempo que tenía para aprenderlo todo y adquirir destreza suficiente con los venenos para no necesitar a nadie más.

Era el tiempo que tenía para vengarse.

De Luther.

De Miss Kindheart.

Y de todos los demás.

Las instrucciones de Lobo le decían que ideara un plan. Qué haría cuando saliera de allí. Le indicaban cómo prepararse para ese momento y cómo llegar a él sin volverse loca.

Era una pena que en aquellas instrucciones no hubiera ni una sola línea sobre la canción de la soledad.